

CAPÍTULO I

– Si no tienes nada importante que hacer, podrías acercarme al aeropuerto.

Estas palabras iban dirigidas a su hijo David, su padre bebía una taza de café bien caliente a pequeños sorbos.

– Nada hay más importante para un hijo que ayudar a volar a su padre. Su madre estalló en una carcajada, mientras su marido, un tanto desconcertado, no sabía cómo reaccionar. Este hijo suyo tenía respuestas de lo más imprevisibles, unas veces de una lógica aplastante, otras, sin embargo, de una ingenuidad que rayaban la tontería.

– A las cinco lo más tarde debo estar embarcado, añadió mientras acababa de saborear el café, bebida a la que se había aficionado desde que instalara su residencia en España, ocasionalmente consumía té, por aquello de mantener encendida la brasa de su ascendencia inglesa. Su mujer lo acompañaba con el café, pero ella bebía indistintamente uno u otro, sin desear mantener tradición alguna, bebía porque sí y cuando le apetecía. Era como si se hubiese españolizado. En su país de origen sus conocidos la llamaban la española, y las conocidas españolas, la llamaban la americana. Con unos y con otros se sentía orgullosamente cómoda.

– Si tú no puedes, puedo hacerlo yo, terció la madre, mientras deslizó una aterciopelada mirada sobre David.

– Por mí no perderás ese vuelo ¿Cuándo regresas?

– Dos días en Londres, dos días en New York y el tiempo del viaje, si no surgen imprevistos.

– Cuando sea mayor quiero ser como tú. David dirigió una rápida mirada de complicidad a su madre, que volvió a soltar otra carcajada. Su padre que en todo momento no había perdido su compostura inglesa, a pesar de que su abuelo y su padre eran americanos, respondió.

– Está visto que este jodido día no es el más apropiado para hablar con ninguno de los dos.

– Eso no es del todo cierto, sé que los asuntos en los que estás trabajando te tienen de un humor de dudoso equilibrio. Debes reconocerlo, querido esposo y dueño mío. Ahora fue David quien sonrió.

– Sois más españoles que los españoles, matizo gallegos, y no por nacimiento, únicamente por contagio medioambiental. Habéis adquirido la ironía no sé si subversiva o si sumisa de este céltico pueblo, que para arrancaros un sí hacen falta varios días de negociaciones. He tratado de aprender y hacerlo, porque es una fuente de grandes recursos, pero no lo he conseguido, no encaja en mi estructura mental.

Terminando sus palabras a la par que el café.

– Eso es debido a la estricta educación familiar que has recibido y tus posteriores inclinaciones académicas, matemáticas primero, filosofía después, por no decir a la par. Es decir, lógica matemática. Ciencia pura, cuadrícula y control. Has entrado en España y no permites que ella entre en ti, le respondió su mujer.

– Lo que tú digas, por mi podéis vestiros de toreros o de gaiteros que todo viene a ser lo mismo. Se levantó de la mesa para cepillarse los dientes.

– Está más tenso de lo habitual, afirmó David.

– Debe tratar casos que lo tienen preocupado, el teléfono echa humo, y las frases son como si hablase en clave, porque la conversación es aparentemente de lo más trivial, digo aparente porque su rostro está reconcentrado.

– Pues que siga así, que yo no seguiré sus pasos. Además, no sé qué pasos debo seguir.

– Los tuyos, únicamente los tuyos. Antes tendrás que descubrir los caminos por los que poder caminar.

– Si descubro los caminos mientras camino, ¿no sería mejor?

– Es una aventurera forma de vivir, muy fascinante, pero encierra grandes peligros. De eso te darás cuenta con el tiempo.

Su madre quedo pensativa.

En el aeropuerto Evans hizo un gesto de despedida con la mano desde el otro lado de la vidriera que separaba la parte de embarque de la de acompañantes. David se lo devolvió.

Poco después salía del aparcamiento con su deportivo.

No tenía nada que hacer esa tarde, por matar el tiempo rehuyó la autovía y condujo por carreteras tradicionales, conducía sin prisa regodeándose en el paisaje, a veces cambiaba de dirección porque veía al fondo un pequeño núcleo de casas. En unas praderías pastaban animales, orilló el coche, fumó un cigarrillo impregnándose de todo aquello. De vez en vez, le gustaba aislarse durante unas horas, tenía la sensación de que así se limpiaba de miasmas energéticas. Se tomaba a broma a sí mismo cuando lo pensaba, pero la realidad era que así lo sentía y le sentaba bien. Continuó conduciendo, dejándose llevar por ensoñaciones sin límites. Se había enfrentado a estas ensoñaciones, quería evitarlas, pero cuanto más lo hacía, con más fuerza acudían ellas. Un día se dio por vencido –quiere tener la cabeza en babia, ¡pues téngala!, se dijo. Desde ese día no volvió a reprimirlas, ni tratar de evitarlas, padeciendo resignadamente el posterior abombamiento cerebral.

Al pasar una curva tuvo que dar un repentino volantazo, conducía despacio, pero le cogió por sorpresa un coche estacionado en la carretera que, por ser secundaria, era estrecha y no tenía arcén. Al sobrepasarlo vio que tenía el capó levantado y hurgando en el motor se hallaba una muchacha. No tenía nada que hacer, no es que fuese solidario con automovilistas con sus coches averiados, en que podía ayudarles si no tenía la menor idea de mecánica, esta tarde no tenía nada que hacer, además le pareció una muchacha bonita.

– ¿Puedo ayudarte de alguna manera?, preguntó, mientras se acercaba caminando hacia el auto aquejado de mecánica dolencia.

– Sí, si entiendes de reparaciones mecánicas, también podrías hacerlo si me acercas hasta un lugar en que mi teléfono tenga cobertura y poder comunicarme con el taller y que me envíe una grúa. Le respondió la muchacha sin excesivo enfado por la contrariedad.

– La segunda propuesta es la opción más acertada y que puedo cumplir, salvo, como suele decirse, imponderantes. Mi nombre es David, quisiera presentarme como uno de esos atractivos y valientes caballeros medievales defensores de damas en peligro, mentiría si lo hiciese, además no ibas a creerme.

– ¡Caballero medieval!, eran todos homosexuales, desde Ricardo Corazón de León hasta el famoso héroe de torneos, Guillermo el Conquistador. Todas estas cofradías y agrupaciones de guerreros se tenían una amistad tan íntima que se conocía como el amor guerrero, o el amor Dorio.

– Desconocía todo eso -respondió sorprendido David.

– Julio César, ese que dicen que fue tan gran emperador y tan gran conquistador, decía de sí mismo que era el hombre de todas las mujeres y la mujer de todos los hombres.

– También lo desconocía.

– Por lo que veo desconoces muchas cosas. Me acercas hasta un lugar en el que tenga cobertura y me vuelves a traer de nuevo aquí, puedes considerarte caballero medieval, humanitario altruista del siglo XXI o el título que más te plazca.

David quedó en suspenso ante esa respuesta cortante.

– Solamente pretendo ayudarte, no comprendo porque me hablas de ese modo, – dijo después de reponerse y queriendo relajar la situación, pues la chica le estaba gustando.

– Ni yo comprendo la tontería de caballero medieval, que no es otra cosa que recursos estúpidos, de estúpidas galanterías de viejo verde. – La muchacha fijó su mirada en él, David fijó sus ojos en los de ella, le gustaron sus ojos negros, después se fijó en el resto de su rostro, le cautivó su fuerza expresiva.

– ¿Me llevas o nos quedamos aquí pasmándola?

– Creo que es el momento de que tengamos modales, lo haré con mucho agrado si lo dices de la manera que estas cosas se dicen. De no hacerlo seguiré mi camino.

Tiene carácter, no está nada mal en los tiempos que corren, pensó la muchacha.

– ¿Por favor puedes acercarme hasta dónde tenga cobertura para él móvil?, mi nombre es Alba. – Le tendió la mano. Al coger la de David sintió como la apretaba con fuerza contenida.

No necesitaron alejarse demasiado, a los pocos kilómetros, al ascender del valle, el teléfono volvió a recoger señal.

Se volvieron al lado del coche averiado a esperar la grúa.

– No tienes por qué estar aquí, ahora solamente es esperar.

– Me gusta tu compañía, sino te molesta la mía. Te acompaño mientras la grúa no llega.

Charlaron al principio de cosas intrascendentes, lentamente la conversación fue haciéndose interesante tratando David de impresionarla.

– Mi escarabajo es un culto a lo antiguo, a la carcoma, es sentirme humanamente viva ante tanto tecnicismo deshumanizante. Aunque no tenga cierre centralizado, los vidrios de las ventanillas se suban a mano, ni tenga aire acondicionado, ni airbag, ni las doscientas inutilidades de los automóviles modernos, es un buen coche con un buen motor, robusto y con un hermoso diseño. Lo de hoy es un pequeño resfriado a causa de la edad, unos pocos mimos mecánicos y nada le volverá a suceder durante años.

Alba vio de reojo con cierto desprecio el deportivo aparcado a lado del suyo, David se dio cuenta.

– El mío es una buena máquina –respondió David, variando intencionadamente el lenguaje.

– No lo pongo en duda, además es muy caro. ¿Sabías que cada automóvil es comprado por personas con un psiquismo particular?

– No lo sabía ¿pero por quién lo dices? ¿Por ti o por mí?

– Por ti, por mí y por todos los conductores incluyendo los que no lo hacen y desearían hacerlo.

– ¿Qué psiquismo es el tuyo que te hace preferir las antiguallas?

– Lo he dicho antes, conduciéndolo me hace sentir humanamente viva ante el excesivo e inútil progreso técnico. Me convierto en la extensión de una especie extinguida que se cuestiona su manera de vivir y que protesta a su manera contra lo que no está de acuerdo. ¿No sé si entiendes lo que digo?

– Más o menos.

– ¿No entiendes lo más o no entiendes lo menos?

– No entiendo ambas –respondió sonriendo, para añadir ¿cuál es mi psiquismo para con el deportivo?

– Podría decirte que tú no tienes psiquismo alguno, ni para automóviles ni para ninguna otra cosa, pero te enfadarías, y con razón, porque sería una falsedad. Si te observas un poco, o si observas a los que conducen deportivos y luego te aplicas esas observaciones llegarás por ti mismo a interesantes conclusiones.

– Soy escéptico, sin embargo, muéstrame alguna pista.

– El automóvil deportivo es una máquina, como bien dices, para personas jóvenes, dinámicas, con deseo de huir de un medio que los coacciona, huir de ese medio que no les permite realizarse como individuos y esa realización no es otra cosa que placeres primarios y la frivolidad que consigo lleva al no ser conscientes de ello.

– Si son placeres primarios, se es consciente de ellos.

– No necesariamente, es más, diría que en absoluto se es consciente de ellos. La razón no es otra que, a estos deseos, mejor expresado que placeres, les han puesto tal carga de represión moral, que no se satisfacen naturalmente, sino sustituyéndolos por objetos cargados de simbolismos al que se transfieren los reales deseos primarios.

– ¡Qué bien hablas! Me apabullas.

– ¡Déjate de tonterías!

– Lo digo en serio, me encanta escucharte. No obstante, hay gente mayor, que no son precisamente jóvenes, que conducen y son propietarios de estupendos deportivos y estas personas por su posición económica tienen estos deseos primarios ampliamente cubiertos.

– Estas personas que podemos calificar de viejos, porque lo son, han quedado anclados en su insatisfecho pasado de juventud, intentan vivir lo que ya vivir no es posible, aunque realicen los mismos actos, son actos fuera de lugar y tiempo. Todo esto es una representación, una parodia de una realidad que nunca ha sucedido.

– ¿Pero no puede haber personas que teniendo dinero en abundancia deseen tener un deportivo, porque sí? –David realizó la pregunta a la defensiva.

– No sólo puede haber esas personas, sino que de hecho las hay. Todo deseo tiene una causa y la causa del deseo de estas personas no es otro que la insatisfacción que día tras día han arrastrado durante sus vidas. Por cierto, vidas acaudaladas, pero miserables, miserablemente acaudaladas

– ¿Quieres decir que yo o mis padres por el hecho de conducir deportivos llevamos una vida miserable?

– Eso mismo es lo que he dicho. No miseria económica, con el dinero se intenta ocultar esas miserias internas. Los automóviles deportivos representan la huida a toda velocidad de un lugar, representan para esas personas de edad una huida del presente no para el futuro, sino hacía el pasado. Representan una huida del ámbito familiar, sobre todo del familiar. Piensa un poco sobre todas estas pistas que tú me has pedido y que yo a tu requerimiento te he dado y extrae conclusiones. En ese momento apareció el camión para recoger el coche.

– Puedo acercarte a donde quieras –dijo David, que no quería separarse todavía de ella.

Durante el trayecto pararon el automóvil en un café de carretera, David estaba cada vez más interesado en ella. Aunque joven, había mantenido algunas relaciones de varios meses, en algunas se creyó profundamente enamorado y en otras no tanto. Las relaciones se rompían sin razones aparentes, de la misma manera que sin razones aparentes daban comienzo. En la última relación se veía con su amiga dos veces a la semana, una relación así no interfería en su vida de estudiante en una de las universidades más reputadas del Reino Unido. Esta relación amorosa no lo llenaba plenamente, pero lo satisfacía, no habían hablado de este asunto, pero se daba por asumida por ambos.

Su pareja y él –así podría llamársele– habían pactado no mantener relaciones con ninguna otra persona mientras permaneciesen unidos sentimentalmente, este pacto no fue hecho sobre una base moral o por temor a las infidelidades, lo habían hecho por el temor al contagio venéreo.

– ¿A qué te dedicas? –preguntó Alba con curiosidad, mientras se vaciaba medio vaso de agua.

– Estudio económicas en Cambridge –respondió David con cierto orgullo.

– ¿El coche que conduces es tuyo?

– ¡Por supuesto, no va a ser del vecino! Respondió adoptando un aire superior.

– Vaya un estudiante, al que tienen que pagarle absolutamente todo, porque imagino que no trabajarás absolutamente en nada, y le obsequian en su cumpleaños un deportivo, envidia de ejecutivos imbéciles. ¿Lo has comprado con tu propio dinero?, quiero decir, ¿con el dinero que has obtenido de tu propio esfuerzo?

David no esperaba un ataque tan frontal, siempre habían alabado y envidiado su automóvil. Decidió pasar al ataque el también.

– Tus palabras tienen un eco de envidia. Lo dijo intentando molestarla.

– No seas majadero y responde si quieres.

– ¿Y el tuyo, lo has comprado con tu dinero? –fue su respuesta, contestar con otra pregunta.

– ¡Por supuesto!, pasé noches en hospitales cuidando a enfermos, con el dinero ahorrado lo compré. Todo aquello que supera lo necesario es para mí un gasto superfluo, como tal, yo misma me lo sufrago. A veces cuido un enfermo, otras imparto clases a algún estudiante, ¿satisfecho?

David se encontraba avergonzado, pero sintió de repente una tremenda admiración por ella, le parecía todavía más hermosa, se sintió invadido por una oleada de fuego que le hizo estremecer. Ella se dio cuenta que algo ocurría, achacándolo a sus palabras intentó suavizar la conversación.

– ¡Qué diablos! si a mí me hubiesen regalado mi coleóptero lo hubiese aceptado sin rechistar como no he tenido esa suerte, me ha caído en suerte lo que he hecho, tal vez tenga un poco de envidia. Intentó con la última frase suavizar todavía más la tensión que por sus palabras creía haber generado.

– Me pareces admirable. Fue lo único que pudo añadir de manera nerviosa.

– Gracias, respondió ella sonriente, pero desconfío de los halagos, la vaselina suele utilizarse para lo que no se debe. Si estudias económicas en el Reino Unido conocerás a Bertrand Russell –añadió para cambiar la conversación.

– Ni idea ¿Quién es?

– Tampoco conocerás entonces a Whitehead y Wittgenstein.

– De los últimos oí hablar –respondió humillado.

– ¡Una mierda! No has oído ni mencionar siquiera a ninguno de los tres ¡eres un perfecto asno!

– ¿Y tú que estudias?

– ¡Psicología, señor! –contestó Alba desafiante preparándose para la siguiente contestación.

– Entonces, Freud te será conocido.

– Conozco parte de la obra de Freud, así como parte de su interesantísima correspondencia. Pero también conozco la obra de otros muchos de los grandes de la psicología, es por ellos por donde hay que comenzar, tienen una asombrosa documentación, una observación fuera de lo común y escriben con tal sencillez los temas más arduos que no parecen humanos.

– ¿Quiénes eran Russell y los otros que has nombrado?

– Matemáticos de primer orden, descubridores de teoremas y paradojas matemáticas. Esa faceta se me escapa por mis limitados conocimientos matemáticos y por qué no decirlo, mi ineptitud con las matemáticas. Pero conozco sus otros libros, Wittgenstein escribió el *Tractatus*, me costó, pero logré entenderlo a medias. North Whitehead tiene varios libros filosóficos, Russell con una ingente y prolífica producción filosófica tiene en sus libros una claridad mental fuera de lo común.

– ¿Todo eso lo estudias en la facultad?

– ¿En la facultad? –Alba soltó una carcajada tan alta que varios de los clientes que se encontraban en el café se giraron para observarles.

– La universidad únicamente es una expendeduría de títulos, para mí es un obligado requisito. La facultad en la que estoy matriculada no enseña nada que realmente tenga interés. Para ello había que comenzar por quien imparte la enseñanza, que sea él mismo interesante. Puedo asegurarte que a los profesores que juzgan y califican mis exámenes, los considero acémilas.

– Cómo consigues tener tiempo para todas esas lecturas, es increíble, el día no tienen más de veinticuatro horas, tomadas así en bruto, porque las horas activas realmente no pasan de ocho.

– Es muy fácil, no pierdo el tiempo en naderías ni en frivolidades. Cuando no me interesa la clase de un profesor, esa hora la dedico al estudio de esa asignatura. Que espero

a alguien en una cafetería, abro un libro, que salgo de noche, hasta el momento de salir estudio, que me desvelo, estudio. El secreto está en huir de la tontería social.

– ¿A qué te refieres con lo de tontería social? –preguntó David interesado.

– Me refiero a todo, todo es una alienante tontería, vivir es alejarse de todo lo que ofrecen en este gran bazar que es nuestra sociedad.

– ¿Estás refiriéndote al consumo?

– Al consumo, a la diversión, al entretenimiento, a la cultura, a todo. Tengo que irme, si me dejas en el taller mecánico te lo agradezco –añadió Alba cortando la conversación repentinamente.

Cuando se acercaron al coche vieron una estupenda ralladura en uno de los laterales, había sido intencionadamente provocada.

– ¡Joder! ¡hay que ser cabrón! –exclamo David, viendo para los lados por si avistaba al que lo había hecho.

– Vas de guay por donde no hay que ir de guay, generas envidias y la envidia es muy mala. Ellos dicen lo mismo de ti, vamos a rallar el deportivo de este cabrón. No te conocen, pero es la lucha de clases, en este caso, como en otros muchos, la lucha de envidia de clases sociales económicas.

– Esto no debe ocurrir, parece que estamos sin civilizar.

– Así es ¿Cómo entonces te crees más civilizado por conducir un costoso auto? Los millonarios llevan guardaespaldas y guardaфrentes, los obreros no llevan nada. Sube al coche y lámentate mientras conduces –le espetó sin reparo alguno.

De vuelta en su casa, David se encontraba eufórico, el conocimiento de Alba le había producido una sensación para él nueva, indefinida pero que se aproximaba al ardor sexual con enamoramiento repentino, envuelto todo ello en admiración incondicional.

– ¡Qué mujer! No he conocido, ni creo que exista otra igual –pensaba.

No cabía de gozo dentro de sí. Echado sobre la cama cerró los párpados, veía el rostro de Alba con sus bonitos y expresivos ojos observándolo. Se levantó de golpe y buscó a su madre, tenía que hablar con alguien del asunto, no valía el teléfono, tenía que ser personal. Su madre era a quien tenía más cerca, no era la interlocutora más adecuada, pero lo escucharía, y eso era lo único que deseaba, además como mujer con mundo y experiencia podía dar su opinión.

¿Dar la opinión de qué? Si no hay nada, absolutamente nada, excepto una sensación y una imaginación calenturienta como la mía. Una mujer así tiene los muchachos que desee y todos de su misma talla intelectual –se preguntaba y respondía mentalmente.

Buscó a su madre, esta se encontraba en una galería decorada y acondicionada con lujo.

Entró bailando, su madre recostada en un diván ante el televisor, tenía la costumbre de apagarla inmediatamente tan pronto como alguien estaba en su presencia, aunque fuesen de la familia, con esta actitud lograba frecuentemente conversaciones con su marido o con su hijo.

– ¡La alegría de la casa! –dijo al verlo.

– He conocido a una muchacha excepcional –fueron las primeras palabras de David, que entró directamente en el tema.

– Ya será algo menos –respondió la madre, picada con algo de celos, porque ella misma se comparó con una sola palabra ¡excepcional!, como si se hubiese sentido desbancada del primer puesto en la cercanía de su hijo.

– ¡Te juro que es excepcional! No he conocido a nadie como ella, no sabía que existían muchachas así, lo reúne todo, belleza, energía, cultura, generosidad y más cosas que todavía no he descubierto, estoy seguro.

– ¡Te has enamorado! ¡Válgame el cielo! ¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

– Esta misma tarde, pero unas horas han sido suficiente para producir este impacto.

– Ese estrellazo, dirás más bien. ¿Ella siente lo mismo por ti? –preguntó su madre sonriente.

– Me imagino que no. La sensación es únicamente mía, ella no se habrá fijado en mí, la veo inalcanzable.

David contó a su madre como la había conocido, comentó con los rasgos más realistas que pudo, los matices más interesantes de la conversación. Su madre escuchaba pacientemente, pero con sumo interés, no solamente le rompía la rutina de una vida muelle, sino que además verdaderamente le gustaba seguir la vida sentimental de su hijo. A medida que iba recibiendo datos los ordenaba y clasificaba, componiendo un imaginario puzzle de la personalidad de una persona que no conocía. Además, toda esa información recibida, y ella era consciente, estaba filtrada y aumentada en muchas veces lo que se consideraba como virtudes. Decidió reducir todo al cincuenta por cien, aun así, también cobró para ella interés, en estos tiempos no existen jóvenes similares. Su marido lo había sido de joven, y lo seguía siendo en la edad madura, ya más pasada. Las amistades de su misma posición económica, esparcidas por medio mundo, eran estúpidas hasta la saciedad, ella misma lo sería si se hubiese dejado arrastrar por su comodidad y por todo lo que con dinero se puede adquirir. Pero su marido a pesar de la fortuna que poseían era, por decirlo de alguna manera, de un modo de vida espartano, si se comparaba con su capacidad real adquisitiva. Evans le hablaba de diversos temas, le recomendaba libros que podía leer, habían visitado museos de muchos países, así como también habían tenido acceso a las mejores colecciones privadas de arte. El trato frecuente con gentes de reconocido renombre de la cultura mundial también la había pulido y elevado muy por encima de las mujeres de su igual posición. Ella tenía cierta inclinación cultural, solo cierta, pero escuchando no se aburría al mismo tiempo que alimentaban su mente. Agradecía que en una conversación le sintetizaran de la manera más amena, meses o años de estudio y reflexión. En su casa recibían personas de calidad intelectual mundial, invitadas por su marido con todos los gastos de viaje pagados.

– ¿Por qué dices que no había de fijarse en ti? Eres atractivo como hombre en todos los aspectos –respondió orgullosa de su hijo.

– Es muy superior a mí. De verdad, me parece inalcanzable.

– Ninguna mujer es inalcanzable, y la que lo parezca, más alcanzable es. Es cuestión de poseer los medios apropiados. Como mujer puedo asegurártelo.

– De los medios económicos pasa totalmente, eso no la impresiona para nada.

– No me lo creo.

– Puedes creértelo, no es que lo diga, es que lo hace, pasa del rollazo del dinero y posición social, busca y le atraen otros temas.

– Otros temas ¿cuáles? –preguntó suspirando, pero vivamente interesada.

– Las cuestiones sociales, la cultura, pero la auténtica, no la superficial de quedar bien en una charla de café o en una reunión en la que poder hacer gala de todos esos recursos.

Su madre sonrió, cerró los parpados y después de un largo silencio preguntó.

– ¿Te interesa esa muchacha?

– ¡Mucho!

– ¿Mucho de mucho?

– ¡Mucho de muchísimo!

– Pues tienes todos los medios para que se interese por ti.

– ¿Cuáles son esos medios? –interrogó con viveza David.

– Si se interesa por la cultura, y por cuestiones sociales, tu padre se relaciona con personajes de primer orden. Si sabes de algún autor, pintor o científico que admire o que le gustaría conocer, no sería difícil convencer a tu padre que lo traiga ¡voilà querido!

La conversación con su madre le tranquilizó, era factible, si le presentaba a algún personaje que ella admiraba subiría muchos puntos a sus ojos. Su padre gustaba del conocimiento personal de la conversación de los grandes, del variopinto abanico cultural. ¿Por qué lo hacía? Una porque le gustaba, otra porque era necesario a su actividad, otra porque todos los gastos y molestias ocasionadas le eran rigurosamente abonados, además de sus emolumentos, cuya cuantía era suficiente para dejarles vivir como ricos acomodados, estos emolumentos aun siendo una suma considerable eran solamente una pequeña parte de sus ingresos reales.

Evans y su hermana Julie, habían heredado con la muerte de sus padres, el patrimonio familiar. Evans era consciente de sus pocas aptitudes para los negocios, desde joven lo sabía y su padre que había puesto las esperanzas en él, no se vio defraudado, pero sí decepcionado. Poseía varias grandes empresas y negocios financieros en expansión que producían pingües beneficios. Para satisfacción del padre, Julie sí tenía aptitudes, había heredado su sangre, su mente calculadora y un olfato financiero igual o superior al suyo. Evans puso toda su parte de la herencia en manos de Julie para que la gestionase como ella creyera conveniente. Julie por su parte decidió fusionarse con otras empresas del sector, haciéndoles con este motivo un mayor control del mercado, ella pasó a ocupar el puesto de consejera directiva, además de accionista mayorista. De esta forma era una propietaria que controlaba en todo instante sus acciones y las acciones del grupo empresarial. No obstante Evans no era dado a gastos frívolos exagerados, amaba la música y la ópera, tenía gusto por la lectura, estas actividades le sustraían la mayor parte de su tiempo. Es cierto que se desplazaban a los principales auditorios del mundo, Milán, New York, Moscú, París, Viena, Barcelona, y que se hospedaban en los mejores hoteles, pero nada suponían esos gastos para su fortuna personal.

Por lo demás su vida era sencilla, hasta podría definirse como austera, una sirvienta en la casa y su marido que hacía de hombre comodín, desde chofer hasta jardinero y hombre de mantenimiento, vivían en una bonita casa en la propia finca que la familia de Evans había construido para ellos.

¿Cuál era la actividad de Evans? Pocos lo sabían con certeza, tanto la señora Evans como David, tenían una idea un tanto difusa. La verdad es que no se lo habían planteado nunca a sí mismos, ni a él tampoco. Ambos lo recordaban viajando frecuentemente, preocupado con temas intelectuales, pero de su actividad concreta nada hablaba, ni nada

comentaba. Ellos por su parte estaban habituados a esa actitud, y con el hábito, acabaron por aceptarla.

El verano no se encontraba muy avanzado, había tiempo por delante para afirmar una relación. Dejó pasar el día siguiente adelantándose goces y situaciones cada cual más fantasiosa.

Hizo ejercicio hasta la extenuación, se comunicó por ordenador con conocidos, cubría el tiempo con banales ocupaciones, su intención era llamarla dos o tres días más tarde, pretendió hacerse el duro, pero un extraño nerviosismo le impidió retrasarlo por más tiempo y marcó su número.

La voz de ella se dejó oír, clara y bien timbrada, la de él sin embargo un tanto confusa y farfulleante al principio, después más tranquilo, recobró su aplomo natural.

– Me encuentro en el taller –respondió ella-, ahora no puedo atenderte, si te apetece pasa a recogerme en un par de horas.

David estaba asombrado de como la espontaneidad y forma de la conversación, habían disipado en unos instantes sus miedos y temores, miedo ¿a qué?, al eterno femenino tal vez, como suele decirse. Lo cierto era que una alegre paz interior lo llenaba plenamente. Probó varios jerséis, se paseó ante el espejo, se decidió por el que ya llevaba puesto, después de llamarse a sí mismo varias veces estúpido presumido.

En voz alta ante el espejo pronunció algunas palabras, – si se da cuenta que intento dar una imagen de lo que no soy, y se da cuenta, y seguro que se da, la pierdo definitivamente. Me mostraré tal como me parece que soy, fingiendo no se vive, y si se hace, no se consigue vivir mucho tiempo.

Por su parte Alba, tenía el coche en el taller del padre de una de sus amigas. Belén, su amiga trabajaba en el taller durante los veranos como mecánica. Era aplicada, estudiante de ingeniería, desde pequeña se crio entre motores, su mente se había mecanizado admirablemente, Alba decía que tenía el cerebro compuesto de bielas y circuitos electrónicos. Ella se le reía contestando, ¡materia! ¡materia! ¡nada de vaguedades psicológicas! Como con los chicos, jamón, jamón, la inteligencia es como el aroma, eso lo dejo para ti.

– Bruta como el motor de un camión, los que son como tú llenáis las consultas de los psicólogos –respondía Alba sonriendo.

– Las que son como yo no damos de comer a frustradas que pretenden vivir de la salud mental ajena además ¿qué sabes tú de motores para calificarlo de bruto? Es como si yo digo que el cerebro es un asno o el hígado y riñones una porquería.

– Y tendrías razón.

– ¿Tengo razón en lo de jamón, jamón, o en lo de los motores?

– En lo del jamón, parte, en lo de los motores, toda. Ya sé que lo tuyo son los números, pero no pretendas convencerme de que sabes leer y escribir.

– Iba a decirte que mañana tendrías el coche, pero me parece que va a estar reparado la próxima semana – Belén estaba visiblemente enfadada.

– No te pongas así conmigo, eres una amiga estupenda –Alba se sonreía.

– Puede, pero tienes la lengua muy larga.

– No digo nada.

- Y muy suelta.
- Como ves no digo nada.
- Más te vale o te saco el coche del taller a patadas.
- ¿Por qué no nos acompañas? viene a recogerme el caballero medieval del que te hablé, y cenamos algo rápido.
- El rostro de Belén se dulcificó ¿Qué tal está el mozo?
- Mecánicamente hablando, lo compararía con un Ferrari.
- Me gustan los Ferrari, tienen potencia y nervio, pero como tus conocimientos de mecánica son nulos, cuál es tu opinión sin compararlo con la mecánica.
- Agradable, agradable e inteligente, lo último, no lo sé muy bien.
- Eso te lo he oído decir de muy pocas personas, eso en ti quiere decir mucho –la miró directamente a los ojos intentando adivinar algo más.
- Eso en mí quiere decir lo que he dicho. Si hubiese algún interés por mi parte te lo haría saber ¿no crees? Ve a arreglar esos jamones y no tardes.

Sentados ante unas jarras de cerveza en un local frecuentado por estudiantes se les unieron tres amigos más. Se los presentaron a David como estudiantes de distintas ramas de ciencias.

- ¿Algo nuevo? –les preguntó Alba con interés.
- No demasiado, pero interesante, con grandes posibilidades a pesar de ser pequeña la abertura –respondió uno de ellos que estudiaba el último curso de física, al igual que el otro que estudiaba biología y la muchacha química.
- En esencia –se le adelantó el estudiante de Biología– es la composición de un abono químico, y de sus consecuencias, ya probadas pero ocultadas, para la salud.
- Lo peor es que su distribución lejos de paralizarse se extiende cada vez más –la chica apostilló- químicamente hablando puede considerarse como arma letal pacíficamente alimentaria.
- ¿Habéis conseguido la información justa para colgarla o faltan datos?
- Todavía quedan algunos datos por contrastar, en una semana estará todo preparado.
- Por mi parte casi había finalizado el estudio de los campos electromagnéticos sobre animales, y me lo sabotearon –comentó el biólogo- ¡inaudito, en la propia universidad!, el departamento, los compañeros o los profesores, ya no sé qué pensar. La sorpresa fue general, cómo puede ser posible, a no ser que sospechasen que mi estudio iba a ser divulgado.
- No creo que hubiese tal sospecha, creo que ha sido más bien un hecho aislado de algún compañero de departamento con el consentimiento de algún profesor. Parece absurdo, pero lo absurdo está lleno de lógica, absurda pero lleno de ella. De todas maneras, tengo un cuaderno de campo personal que conservo en mi habitación, este cuaderno es paralelo al oficial, pero con anotaciones y consideraciones personales, es más completo, pero mucho menos técnico.
- Menos mal, algo has salvado.

– Únicamente faltan los resultados finales, pero conservo, con total descripción de detalles, los resultados de los pasos previos, a mi manera de ver, reveladores. Necesito,

no obstante, la supervisión de vuestras áreas en varios puntos añadiéndoles las consideraciones oportunas.

– Por mi parte, dijo Alba, estoy en la redacción del análisis de la vida en la juventud, que puede fácilmente servir para la del adulto, simplemente es cuestión de situar de distinta manera las variables. Me estoy refiriendo a la juventud y al adulto, femenino. En la que corresponde al hombre, tanto las variantes como los puntos de partida son, si no opuestos, diferentes en ciertos aspectos psíquicos. Es un avance de sucesivos artículos posteriores, voy a necesitar a Belén con sus conocimientos de ingeniería, y casi seguro de todos vosotros para que ella construya un aparato, que todavía no sé muy bien para lo que lo quiero. Será en la fase final con el fin de presentar pruebas científicamente tangibles, que es lo que vosotros siempre reprocháis de mis estudios.

David escuchaba asombrado, era la primera vez que se encontraba con jóvenes de su edad, hablando de conversaciones semejantes, temas científicos con investigaciones propias y personales para su posterior divulgación. Temas, por otra parte, no solamente controvertidos, sino que, ocultados con intención, por quien no se le escapaba, conocía los nombres de las multinacionales más poderosas, en algunas de ellas sus padres eran accionistas. Ni siquiera en Cambridge había encontrado este ambiente. En esa universidad como en otras de consideración en el ranking académico era el currículo lo que se valoraba, los grandes esfuerzos de la banca, las finanzas y la industria acaparaban a estos técnicos de la economía.

La conversación varió repentinamente hacia otros temas más cotidianos, no por ello de menor interés, pues como fue comprobando David, todo dependía de como fueran tratados.

Alba no quiso que David la acompañase, y se fue con Belén, las contempló mientras se alejaban charlando animadamente. No le apetecía irse a su casa, e invitó a otra consumición.

– No está nada mal –dijo Belén sonriendo.

– Te lo dije –aseveró Alba sonriendo a su vez-, creo que te llenó los ojos de chispitas.

– Si te digo que no, mentiría, pero hay un inconveniente insalvable, no tengo ninguna posibilidad por muchas chispitas que tú me veas irradiar.

– ¿Qué inconveniente es ese? –preguntó Alba interesada.

– Que los ojos de David también están llenos de chispitas y de llamaradas ardientes.

– ¿Cuál es el problema?, no tienes más que tender la mano.

– Estas más ciega que un vendedor de lotería, en asuntos amorosos no te enteras de nada.

– De que habría de enterarme, si puede saberse.

Caminaban despacio, a esa hora no había ya demasiados transeúntes por las calles. Alba volvió a preguntarle.

– ¿De qué habría de enterarme?

– Los ojos de David chisporrotean por ti. Literalmente bebe los vientos por ti.

Belén dejó caer la frase como una sentencia, pero con cierto aire mezcla de tristeza y envidia. Alba se paró de repente y la miró directamente a los ojos.

– ¿Te ha sentado mal la cerveza o estas bromeando?

– Ni una cosa, ni la otra. Es lo que es, por ti y no por mi... Alba la interrumpió no dejándola terminar la frase.

– Déjate de tonterías, cuando te pones a hablar así pareces Antoñita la fantástica.

– Realizando análisis, tu lucidez nos deja pasmados, y tocante a temas personales tienes la ingenuidad de una cría.

Se despidieron, no sin antes programar para todo el grupo el fin de semana una comida en la granja de su padre.
